

uno es necesario en su orden, los dos se completan para responder a las exigencias del espíritu

¿El orden inteligible requiere un fundamento absoluto? Sí.

La verdad suprema, ¿es Alguien? El pensamiento cuelga del absoluto, lo invoca secretamente, lo vive, lo afirma afirmándose ella misma. ¿El hombre seguiría siéndolo si nada más fuera sagrado? Lo sagrado comporta una esencia misteriosa que se escapa al control humano. El hombre encuentra su ser más auténtico al trascenderse a sí mismo por acceder a lo trascendente.

Actualmente las sociedades desacralizadas se ahogan, a pesar de la abundancia de medios materiales, en un desesparar de sí mismas, en una sombra, en el nihilismo de sentido... y se recurre al sagrado de sustitución: fútbol, pantalla, etc.

Concluirá que la relación hombre-Dios no se trata de *o el hombre o Dios* y tampoco de *ni el hombre ni Dios*. Si Dios es reconocido fundamento último de valores y del sentido, deviene posible, en razón de afirmar la consistencia del hombre, de sus deberes y derechos... entonces decimos *hombre y Dios*.

Y todavía nos regala una «obertura» auténticamente de filósofo: ¿hay un lugar de preguntarse en filosofía sobre una eventual salvación del sentido y del hombre? La búsqueda normalmente religiosa ¿puede situarse en una búsqueda filosófica rigurosa?

... Y también un «apéndice»: ¿debe el psicoanálisis abrirse al Absoluto?

Tenemos, por tanto, un texto denso, pero no por ello inaccesible dado que el mismo autor hace una elección explícita de claridad, de huir de la oscuridad que muchas veces acompaña la metafísica. Rico y procesual en la exposición, el proyecto del autor de poner en manos del lector (no necesariamente filósofo) una reflexión capaz de ser incorporada a la propia es logrado gracias al desarrollo preciso de cada circuito hermenéutico. Con E. Baurboutin podemos, esta vez afirmar y no preguntar, que las jornadas y los días están cargados de metafísica y el espíritu filosófico no es otra cosa que afinar el buen sentido. Aquel que siendo consciente de su *presencia encarnada* busque dar razones del sentido que le habita, sentido que al menos barrunta el Absoluto, puede encontrar en el libro de E. Barboutin un camino de reflexión que sólo exige la capacidad de hacer y hacerse preguntas.—INÉS OLEAGA, aci.

HISTORIA DE LA IGLESIA

VICENT COMES IGLESIA, *En el filo de la navaja. Biografía política de Luis Lucia Lucia (1888-1943)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, 494 pp. ISBN: 84-7030-501-8.

Uno de los políticos pertenecientes al mundo católico que protagonizaron un papel de mayor relevancia tanto durante la II República como durante la Guerra Civil fue Luis Lucia. Consciente de este hecho, el historiador Vicent Comes quiso acometer una dura tarea investigadora que le llevó a la finalización de la tesis doctoral que

nos presenta, ahora, la editorial Biblioteca Nueva. Se trata, a nuestro juicio, de un trabajo sólido, bien estructurado, ampliamente documentado y con un estilo ágil y directo.

Comes, que ha trabajado fundamentalmente sobre la derecha política (prueba de ello son sus investigaciones sobre el catolicismo, el carlismo y la *Derecha Regional Valenciana*), llevaba ya antes de finalizar este libro un largo tiempo investigando sobre Luis Lucía, como lo pone de manifiesto, por ejemplo, el trabajo que publicó con motivo del cincuentenario de la muerte de Lucía. No obstante, a pesar de esa contribución y las que vinieron a continuación, el libro que ahora tenemos en nuestras manos es, posiblemente, la obra definitiva sobre el hombre que llegara a ser un día Vicepresidente de la CEDA, el principal partido de la derecha católica durante la II República.

La labor de archivo del autor ha sido francamente destacada, hasta el punto de que ha trabajado con trece archivos distintos: entre ellos se encuentran algunos de gran envergadura, como puede ser el *Archivo General de la Administración*, el *Archivo Histórico Nacional* o el *Archivo del Congreso de los Diputados*. También ha utilizado publicaciones periódicas, de enorme diversidad: desde el *Boletín Oficial de la Acción Católica española* hasta el diario *La Nación*, pasando por *El Debate* o *Renovación Española*. Por último, la bibliografía con la que ha completado la información es muy amplia, ya que aquélla fue una época que ha dado lugar a una notable publicación de memorias y monografías de diferente corte, además de libros y artículos que han visto la luz mucho más recientemente.

En ese sentido, la obra se estructura en tres partes fundamentales: la primera, centrada en la formación del Luis Lucía político (1888-1930), que llega hasta el momento crítico de la caída de Miguel Primo de Rivera; la segunda, que es posiblemente la más interesante, focalizada en torno a la actuación de Lucía durante la II República (1931-1936), y la tercera, que estudia la vida de Lucía desde la Guerra Civil hasta su muerte (1936-1943) y que es, ciertamente, aquella donde conocemos la tragedia vital de Luis Lucía, que hubo de sufrir la condena a muerte tanto de las autoridades republicanas como, posteriormente, de las franquistas (1936-1943).

Pero toda esta biografía no se inicia sin antes haber sido prologada por uno de los hombres que mejor conoce la cuestión del catolicismo durante la Guerra Civil, el benedictino Hilari Raguer. Este historiador catalán explica muy bien lo que significa la expresión «en el filo de la navaja», que es como el autor quiso subtítular el libro: la contienda que dividió a los españoles fue, entre otras muchas cosas, una exhibición de radicalismo y visceralidad, hasta el punto de que las opciones moderadas, que eran minoritarias en aquellos tiempos, hubieron de ser arrastradas hacia uno u otro extremo. Lucía, a diferencia de importantes dirigentes de su partido, decidió ser fiel, ante todo, tanto a la República como a la democracia. Aunque el político valenciano no era republicano, sino monárquico, supo aceptar la legitimidad de las urnas y la voluntad de la mayoría de los españoles; y, cuando constató que José María Gil Robles conspiraba constantemente contra la República, Lucía reaccionó alejándose del líder de la CEDA y apostando por un programa de carácter centrista. Desde esta perspectiva, estoy de acuerdo con Hilari Raguer cuando afirma que la cuestión central de la vida política y, sobre todo, del drama, de Luis Lucía, se encuentra en el telegrama que escribió al Ministro de la Gobernación el 18 de julio, día del *Alzamiento Nacional*, reiterando su adhesión a la II República.

Según Vicent Comes, es posible ver una notable sensibilidad social por parte de Lucía desde su etapa universitaria. Etapa en la que no solo se dejó ver en los ámbi-

tos político-religiosos, sino también en el carlismo. Lucia se mostró como un brillante estudiante de Derecho que compatibilizó sus deberes académicos con sus primeros pasos en el terreno político, con lo que parece difícil dudar de la vocación que le llevaría a ser posteriormente ministro (lo fue de Comunicaciones entre mayo y octubre de 1935, y de Obras Públicas y Comunicaciones entre octubre de 1935 y diciembre de 1935). Pero a Lucia, como destaca el autor (que ha hecho un intenso seguimiento de los artículos escritos por el político), no sólo era hombre de Iglesia, jurista e incipiente político: era también un gran aficionado al periodismo, hasta el punto de que parece difícil discernir donde queda la afición y donde comienza la profesionalidad en este terreno. Comes destaca que Lucia, cuando escribía para la publicación *Diario de Valencia*, buscaba trasladar los elementos ideológicos esenciales con los que construía su análisis de la conflictividad existente, en una etapa de la Historia de España (la crisis del parlamentarismo de los años 1917-1923) que sólo pudo concluir con el golpe de Estado de Primo de Rivera de septiembre de 1923. Una dictadura, la primorriverista, donde el vacío ideológico era tan perceptible que el propio Lucia, como recuerda Comes, intentó paliar con algunas contribuciones.

El fracaso de la gestión de Primo de Rivera y la ineficacia tanto del Gobierno Berenguer como del Gobierno Aznar provocaron la caída de la monarquía de Alfonso XIII, rey que había perdido la legitimidad moral tras haber permitido la instauración de una dictadura. Fue así como se inició la convulsa experiencia de la II República. En ese sentido, comparto plenamente la idea expresada por Comes de que en las filas de la derecha política y del mundo católico fue francamente difícil aceptar la llegada de la República, y Comes nos da a conocer cómo Lucia no sólo acató la voluntad democrática del pueblo español, sino también se encargó de propagar esa aceptación en las filas de la *Derecha Regional Valenciana*. Hecho que le diferenciaría de otros hombres pertenecientes a la derecha, que no cesaron de conspirar contra la II República hasta que finalmente cayó (caso del monárquico Eugenio Vegas Latapié, por ejemplo).

Resulta muy interesante, a nuestro juicio, el detenido análisis que Vicent Comes realiza de los distintos jalones de la experiencia republicana y que pusieron en duda la eficacia del nuevo régimen político y cómo, ante todos ellos, Lucia reaccionaba con la lealtad. En ese sentido, no sólo el autor, sino otros historiadores como el propio Ragner, se siguen preguntando: ¿fue aquel telegrama del 18 de julio de 1936 una auténtica y sincera declaración de lealtad o, por el contrario, una estrategia para garantizarse su integridad personal? Es evidente que Comes apuesta por la primera opción y que la razona con una notable solidez, pero los historiadores que han creído en la segunda opción, como Rafael Valls, también aportan evidencias de importancia no desdeñable. En cualquier caso, nosotros creemos perfectamente creíble que Lucia, dado su fuerte sentido de la lealtad y su carácter disciplinado y responsable, apostara por la República como la única opción posible porque, entre otras cuestiones, había sido elegida democráticamente por los españoles.

La obra concluye con un detenido relato de la tragedia vital de Lucia, donde se pone de manifiesto una bella espiritualidad religiosa y un profundo amor por la fe cristiana, algo que no fue especialmente habitual en una España donde imperó el miedo, el odio y la venganza. En definitiva, consideramos que la monografía de Vicent Comes constituye una de las aportaciones más interesantes que se han realizado acerca del mundo del catolicismo político durante la II República y la Guerra Civil.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.